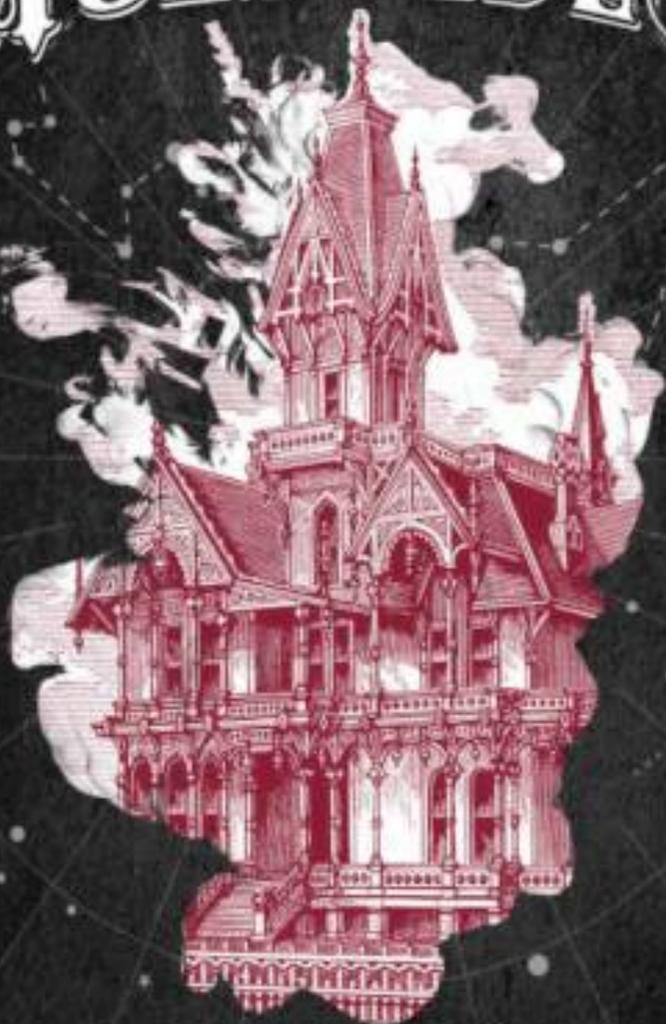


LA CASA DE HUÉSPEDES



FRANCESC GÓMEZ
GUILLAMÓN

La casa de huéspedes

Francesc
Gómez Guillamón

A mis padres, Paco y Gelen.
Por su constante apoyo, paciencia
y cariño en cada uno de
mis proyectos y mis historias...
Sin ellos, este libro no habría sido posible.

Capítulo 1

Un anuncio en el periódico

Todas las cosas que le habían ocurrido a Minnie Bradley a lo largo de su vida eran, cuando menos, desastrosas y desafortunadas. Tan solo tenía cinco años cuando perdió a sus padres en un terrible accidente de avioneta y se quedó bajo el cuidado de sus abuelos maternos. Tres años después, durante un inesperado incendio, la muerte volvió a llevarse a los únicos familiares que le quedaban y Minnie se encontró completamente sola sin que nadie supiese lo que hacer con una niña como ella: huérfana y desamparada.

La sombra del infortunio parecía haber fijado su mirada en la pequeña Minnie, pero gracias a su carácter bondadoso y afable, se las ingenió para salir adelante y no caer en la más absoluta tristeza. Con ocho años empezó a vivir en casas de acogida con familias que hacían lo posible por cobrar subvenciones al mantener a niños sin hogar. A partir de entonces, su vida se convirtió en un continuo ir y venir; nunca permanecía más de un año, o dos, en el mismo lugar por lo que jamás tuvo tiempo de establecer lazos lo suficientemente fuertes con nadie, ni con adultos ni con otros niños en su misma situación.

De niña, Minnie solía pasarse los días leyendo libros, en especial libros de cocina; le llamaba la atención descubrir nuevas recetas que ya nadie preparaba, con ingredientes difíciles de conseguir y elaboraciones muy complicadas. El gusto por la cocina la llevó a realizar platos que inventaba sobre la marcha y que más tarde ofrecía a probar a los otros niños, que casi siempre eran incapaces de valorar el esfuerzo y el buen gusto que Minnie le dedicaba a cocinar. Aquello le sirvió para mantenerse entretenida durante su niñez, era lo que le hacía feliz y lo que le ayudaba a no pensar en que los años corrían en su contra y ninguna pareja quería adoptar a una niña tan crecida.

Con la mayoría de edad, Minnie se instaló primero en Bristol. Había aprendido todo lo necesario para poder valerse por sí misma y los empleos en hoteles, restaurantes y tiendas le sirvieron para poder ahorrar un poco de dinero e irse definitivamente a Londres, donde comenzó una nueva vida alejada de las sombras de su pasado.

Ya con veinticuatro años, Minnie podía sentirse orgullosa de haber conseguido un empleo bien remunerado y que le satisfacía enormemente. Trabajaba en un restaurante del barrio de Chelsea, vivía en un pequeño estudio cerca de allí y era muy feliz con su vida. No necesitaba absolutamente nada más de lo que tenía, sin embargo, aquella mañana de octubre las cosas iban a cambiar de una manera sorprendente.

Rara vez solía hojear el periódico, de hecho, la señora Walters, su casera, jamás le dejaba un ejemplar en su puerta; a su parecer todas las noticias eran demasiado terribles para que alguien como ella quisiese leerlas, sobre todo porque siempre había intentado alejarse de las catástrofes y las muertes que plagaban las noticias de la televisión o de la prensa y que le recordaban a los dramas de su pasado. Sin embargo, aquel día, la señora Walters había dejado olvidado un periódico en el descansillo de su estudio y Minnie decidió echarle un vistazo por simple curiosidad.

Lo que allí encontró atrajo su atención de una manera inquietante. Era un anuncio de empleo donde se buscaba: ama de llaves, cocinera y señora de la limpieza en una casa de huéspedes de un pequeño pueblo a las afueras del distrito de Chesterfield, en el condado de Derbyshire. Un lugar muy remoto del que ni Minnie había oído hablar. El anuncio estaba escrito con una tipografía muy elegante y la dirección exacta venía en letra cursiva al final del texto.

A Minnie le pareció muy raro porque estaba un poco borrosa y apenas se podía leer las palabras con claridad:

«*Applebee Park, Stonedge*».

El nombre era de lo más curioso y Minnie se preguntó de qué clase de casa de huéspedes podía tratarse. Ella había estado viviendo breves temporadas en algunas de esas casas, pues en Inglaterra eran bastante frecuentes y eran un recurso fácil antes que alquilar un apartamento, que era mucho más caro.

«En Derbyshire solo hay llanuras y páramos, casi todos los pueblos son muy pequeños y otros tantos están abandonados», pensó Minnie.

No podía explicarlo ni entenderlo, pero de pronto, la chica sintió que aquel trabajo era para ella, se le daba bien cocinar y cualquiera podía limpiar correctamente con un poco de dedicación y esmero, por lo que comenzó a plantearse ir hasta allí para optar al nuevo puesto de trabajo.

En el pasado, cuando vivió en Bristol, Minnie ya trabajó como limpiadora en algunos establecimientos, por lo que no quería volver a hacerlo de ninguna de las maneras; de hecho, era un trabajo que no hubiese aceptado hacer en Londres, sin embargo, sentía que Stonedge era el lugar en donde debía estar, o esa fue la sensación que tuvo los días siguientes a leer el anuncio.

Su vida en Londres era tranquila, se esmeraba por cumplir con las exigencias de su jefe y satisfacer a los clientes del restaurante; le gustaba cocinar y dar de comer a toda clase de personas, desde familias con hijos, hasta parejas de enamorados, solitarios hombres de negocios o expertos culinarios. La comida que preparaba era buena y por eso su jefe estaba muy contento con ella.

El señor Higgins, un hombre de mediana edad con un bigote muy poblado y sin apenas pelo en su cabeza, había conocido a Minnie al poco de que ésta llegase a Londres, en un restaurante del Soho. Allí el hombre se había mostrado encantado con los platos que había probado y solicitó conocer a la cocinera. Cuando el hombre vio el enorme potencial de Minnie, no dudó en hacerle una oferta

y convencerla para que trabajara con él. Era un jefe un poco cascarrabias, pero siempre la había tratado bien y la cuidaba a su manera, algo que Minnie siempre le agradecía.

—Llevas unos días un poco ausente, querida —le dijo el señor Higgins, que había notado un cambio extraño en la chica.

Minnie no había dejado de pensar en el anuncio, aparecía una y otra vez en su cabeza; las letras, el nombre del pueblo y el "Applebee Park" merodeaban en su mente a todas horas del día. Era como un mantra que no quería abandonarla y que ella tampoco quería olvidar.

—No es nada, señor —mintió. Minnie no era una chica mentirosa y tampoco solía ocultar nada a nadie, sin embargo, quería seguir conservando para sí misma la posibilidad de responder al anuncio—. Solo estoy más cansada que de costumbre.

—En ese caso quizá quieras tomarte unos días libres para descansar. Así, podrías dedicar un poco de tiempo a ti misma...

Tal vez, la sugerencia del señor Higgins era lo que Minnie estaba esperando para poder dar el paso e ir hasta Stonedge en persona, así que, sin pensárselo dos veces, aceptó su ofrecimiento.

Tres días después de leer el anuncio en el periódico, Minnie Bradley comenzó su particular investigación para descubrir exactamente dónde estaba Stonedge y cuál era el mejor modo de ir hasta allí. Había intentado hacer caso omiso al deseo irrefrenable de querer emprender el viaje hasta el misterioso pueblo, pero finalmente no pudo resistirse. No sabía muy bien cómo interpretar aquella sensación, pero sentía que dentro de ella había un imán muy poderoso que quería atraerla hasta allí.

Minnie Bradley podía considerarse bastante precavida, por eso había buscado información sobre el misterioso pueblo en los mapas y libros de la biblioteca. Sin embargo,

el lugar que indicaba el anuncio no parecía estar señalado en los mapas modernos y tuvo que recurrir a algunos más antiguos.

Por mucho que buscaba, Stonedge no aparecía por ninguna parte, era como si no existiese como tal. Solo pudo encontrar una alusión al recóndito pueblo en un mapa de 1810, donde en vez de llamarse Stonedge, aparecía como *Stonich*.

Se preguntó por qué aquel pueblo habría cambiado su nombre o si todavía seguiría en pie. ¿Por qué alguien pondría un anuncio con esa dirección si luego resulta difícil dar con ella? De lo único que estaba segura era de que estaba en el distrito de Chesterfield, Derbyshire, y que la única manera de ir hasta allí era en tren.

Sin demasiadas garantías, decidió pedirle más días libres al señor Higgins, que tan gustosamente le concedió como recompensa a su buen trabajo en el restaurante y como "vacaciones anticipadas"; compró un billete de tren para ir hasta Chesterfield y se preparó la maleta con varias chaquetas y un abrigo de más.

Minnie era una chica bastante atractiva, tenía el pelo castaño oscuro y ligeramente corto, los ojos verdes y los labios finos y poco carnosos. Sus mejillas casi siempre estaban sonrosadas y aunque no era muy alta, tenía la talla perfecta para llegar de puntillas al último estante de la despensa del restaurante.

El día que salió de viaje, se enrolló una bufanda de lana a su esbelto y delicado cuello y con toda la determinación que había estado acumulando los últimos días, se dispuso a conseguir ese trabajo a pesar de saber que el que tenía era mejor y que su jefe se disgustaría mucho al enterarse de su repentina marcha.

Durante el viaje en tren hasta Chesterfield, Minnie tuvo un momento de lucidez, incluso se llegó a preguntar por qué estaba cometiendo aquella locura, pues ella ya tenía un buen empleo y no necesitaba otro. Esos pensamien-

tos se desvanecieron al volver a leer el anuncio del periódico que llevaba con ella y que le devolvió las ganas de ir hasta allí.

«Probablemente hay una buena razón para ir hasta Stonedge, pero todavía debo averiguarla», se decía para convencerse de que lo que estaba haciendo no era una absoluta locura.

Desde que había llegado a Londres, Minnie no había vuelto a viajar fuera de allí; recordó los numerosos viajes que hizo siendo niña, tanto en tren como en autobús, y los recuerdos le hicieron rememorar la incertidumbre que sentía cada vez que se cambiaba de casa, sin saber si en el nuevo hogar para niños encontraría finalmente una familia con la que vivir para siempre. Algo parecido a ese miedo le sobrevino de pronto, ¿y si iba hasta allí pero no era lo suficientemente buena como para ser contratada?, ¿y si estaba perdiendo el tiempo?

Al llegar a la localidad de Chesterfield, salió de la estación de trenes y caminó unas cuantas calles hasta llegar a una parada de autobuses y, allí, decidió que lo mejor que podía hacer era preguntarle a alguien que le diera indicaciones. Se aproximó a las ventanillas de la estación y cruzó los dedos para que alguien supiese cómo poder ir hasta Stonedge.

—Buenos días, intento encontrar la manera de llegar hasta un pueblo llamado Stonedge, ¿podría indicarme cómo? —le preguntó a una señora regordeta que estaba al otro lado de la ventanilla.

Ésta la miró extrañada y tras permanecer unos segundos en silencio, le dio un billete a Alicehead, un pueblo a veinte kilómetros de Chesterfield.

—Stonedge es un pueblo abandonado, no hay forma de llegar hasta allí a menos que sea andando. Pero puedes ir hasta Alicehead primero —le explicó la señora de la ventanilla con cierta desgana.

A Minnie le dio la sensación de que no era la primera en preguntarle por Stonedge y que aquella mujer estaba cansada de tener que dar explicaciones de cómo ir hasta el pueblo abandonado.

—Está bien —aceptó ella sin demasiadas alternativas.

—Antes de ir, debes saber que las llanuras de Madlock son un lugar muy peligroso, hay pozos de agua sin señalar y mucha gente acaba perdiéndose por allí. Comienzan a caminar y a caminar y pierden el rumbo... —le advirtió la mujer.

Minnie pensó en quién podría hospedarse en una casa tan aislada de todo, en un pueblo que no venía ni en los mapas y al que ni siquiera se podía llegar con un transporte adecuado. Pensó en que quizá todo aquello fuese una prueba que debía superar para conseguir el empleo, aunque la advertencia de aquella mujer volvió a hacerle replantearse toda aquella inesperada aventura.

—Gracias por la información, que pase un buen día —le agradeció ella. Cogió el billete de autobús a Alicehead y comenzó a hacerse la idea de que tendría que caminar por las llanuras para llegar al misterioso pueblo.

El pintoresco Alicehead era muy rural, tenía una bonita plaza céntrica y una fuente con estatuas de piedra que acababan de pulir hacía poco. Un grupo de senderistas y excursionistas que se estaba preparando para salir a caminar por la llanura de Madlock (el paraje natural que rodeaba todo el pueblo), abarrotaba la plaza principal. Minnie bajó del autobús y se mezcló con la gente, sintiéndose fuera de lugar, ya que todos iban ataviados con botas, mochilas y ropa de deporte y ella llevaba una maleta de viaje y un abrigo de tweed de colores muy otoñales.

El pueblo era bastante pequeño, quizá viviesen unas cincuenta personas, o menos. Minnie pudo alcanzar a ver una vieja taberna que disponía de habitaciones, así como

una oficina de correos, una tienda de alimentación y una barbería que aquella mañana estaba cerrada.

De pronto se percató de que entre todos los excursionistas había un hombrecillo que llevaba una maleta como ella, por lo que imaginó que no era un simple turista y que, a lo mejor, también iba a la casa de huéspedes de Applebee Park.

El hombrecillo tenía un aspecto débil, llevaba el pelo muy corto, tenía unas profundas ojeras y la piel muy pálida, Minnie imaginó que podía tener alguna enfermedad. Vestía con un traje viejo, probablemente lo habían usado muchas veces antes de que él se lo pusiese, pero no parecía importarle, lo lucía con orgullo y como si en realidad fuese nuevo.

Sin que Minnie pudiese reaccionar, el hombrecillo se abrió paso entre la muchedumbre y se acercó hasta ella para preguntarle.

—Disculpe, señorita ¿sabe dónde está la parada de autobús para Stonedge? —dijo él con una voz ronca y profunda.

—No estoy segura de si hay una parada para ir hasta allí. En Chesterfield me dijeron que debía ir andando... —le contestó Minnie que, aunque había visto gente muy extraña en Londres, aquel hombrecillo se llevaba la palma.

—Eso significa que usted también va a la casa de huéspedes de Applebee Park, ¿verdad? —le preguntó a continuación.

Mientras ellos conversaban, el grupo de excursionistas empezó a marcharse de la plaza, dejándolos solos.

—Casualmente, así es, señor —le dijo ella sin otra opción, ya que no servía de nada mentirle si se dirigían al mismo lugar.

—Soy Hugo Yelpps, pero todo el mundo me llama Uggie.

—Encantada, señor Uggie. Yo soy Minnie Bradley —le dijo la chica estrechando la mano a aquel hombre tan

particular, que tenía casi la estatura de un jovencito adolescente, pero parecía mucho más mayor.

—Solo Uggie, por favor —le corrigió él—. ¿Va a hospedarse también allí, señorita Bradley? —quiso saber.

—¡Oh, no!, voy por un puesto de trabajo, necesitan una cocinera y ama de llaves.

La revelación de Minnie no pareció sorprenderle, ya que estaba allí por una razón distinta a la de ella y no se trataba de otro candidato al puesto de trabajo de la casa de huéspedes.

Sin previo aviso, un autobús bastante pequeño y destartado, apareció por la esquina de la calle y se metió en la plaza haciendo un estruendoso ruido, se detuvo justo delante de ellos y paró el motor, que reverberaba como si rugiera.

Uggie clavó su mirada en el transporte y se dirigió emocionado hasta la puerta. Leyó un viejo cartel que ponía "*Transporte privado a Stonedge*" y esperó a que el conductor le abriese.

—Le deseo mucha suerte —le dijo a Minnie, sonriéndole de oreja a oreja y mostrando sus dientes amarillentos.

Minnie se acercó también y cuando el conductor les abrió la puerta del minibús, subió detrás del hombrecillo llamado Uggie.

—¿Este es el transporte a Stonedge? —le preguntó al conductor, mostrándose dudosa—, tenía entendido que solo se podía ir andando...

—Afirmativo, señorita —le respondió el robusto chófer, que permanecía firme y erguido como un soldado—. Pero la suerte está de su parte, me envían a por ustedes.

Tras escuchar aquello, le extrañó que alguien enviara el microbús a por ellos, ya que no esperaba que nadie fuese a recogerla y mucho menos que alguien le estuviese esperando. Tal y como le había dicho la mujer de la ventanilla de Chesterfield, solo se podía ir andando, por lo que la presencia de aquel inesperado transporte y su conductor

resultaba de lo más inquietante. No obstante, Minnie ya estaba en el autobús así que se sentó al lado de una ventana y esperó a que el conductor arrancase de nuevo. Por un instante, se dejó embriagar por las ganas enormes de llegar a la casa de huéspedes lo antes posible, pues sentía que cada vez estaba más cerca de ese lugar y que grandes cosas le aguardaban allí.

El chófer, que era un anciano barbudo, esperó unos minutos hasta comprobar que ellos dos eran los únicos pasajeros y, entonces, cerró la puerta y arrancó. El viaje duró casi veinte minutos y gracias al traqueteo del minibús, Minnie cayó dormida sin darse cuenta hasta llegar a Stonedge, por lo que no pudo admirar las llanuras y la planicie que se prolongaba a lo largo y ancho del territorio del condado.

—Señorita Bradley, señorita Bradley —le dijo de pronto alguien, que le estaba dando toquecitos en el hombro para no ser demasiado brusco—, hemos llegado.

La chica abrió los ojos y tardó unos instantes en ubicarse, entonces vio a Uggie y lo recordó todo rápidamente: estaban en Stonedge.

—¡Qué vergüenza!, me he quedado dormida —exclamó ella, incorporándose en su asiento.

—Una cabezadita de vez en cuando no viene mal —le dijo Uggie para que ella no se sintiera tan avergonzada.

Ambos bajaron del autobús y, para su sorpresa, el conductor puso rumbo de vuelta a Alicehead sin ni siquiera despedirse de ellos.

Los había dejado en la entrada del pueblo, justo al lado de unas rocas que a Minnie le resultaron muy curiosas, eran grandes cantos rodados con unos símbolos grabados a cincel. Parecían antiguas, probablemente llevaban siglos allí.

«Hay unas cuantas», comprobó Minnie, cuya vista alcanzaba a contar unas cinco, que se extendían más allá de la entrada donde ellos se encontraban. «Es posible que haya muchas más, quizá rodean todo el pueblo»

—¿Has visto estas rocas, Uggie?

El hombrecillo les lanzó una mirada furtiva y asintió con la cabeza.

—Es una buena señal, significa que este es un sitio seguro —respondió él, dando a entender que tenía algún tipo de información sobre esas rocas que ella desconocía por completo.

Estaban un poco perdidos, de eso no había ni la menor duda, así que avanzaron juntos por la calle principal intentando encontrar a alguien para preguntarle por la ubicación exacta de Applebee Park.

Stonedge parecía abandonado, tal y como Minnie imaginaba, de hecho, parecía haber sufrido alguna clase de catástrofe, pues algunas casas estaban derruidas y el pavimento de las calles levantado; era un lugar completamente olvidado y aquello solo hizo que aumentar todavía más la inquietud que sentía por aquel pueblo. ¿Por qué seguía sintiendo esas irrefrenables ganas de ir a la casa de huéspedes del anuncio? ¿Estaba en su sano juicio por haber emprendido el viaje ella sola sin avisar a nadie de sus intenciones?

—Es tal y como había imaginado —susurró la chica, creyendo que Uggie no la había oído.

—Es un lugar muy solitario, ¿verdad, señorita Bradley? —observó de pronto él, que clavó la mirada en una de las casas abandonadas.

—Es extraño, las casas parecen inhabitadas...

—Parece tranquilo, un lugar perfecto donde vivir, alejado del bullicio de las grandes ciudades —confirmó Uggie.

El hombrecillo parecía mostrarse muy entusiasmado por la soledad de aquel lugar y por lo recóndito que era; por alguna razón no estaba sorprendido de ver el ruinoso aspecto del pueblo y estaba encantado por haber llegado finalmente a aquel extraño, a la vez que maravilloso, lugar.

Llevaban solo unos metros recorridos, cuando alguien apareció inesperadamente de la nada. Ni Minnie ni Uggie la habían visto aparecer. Era una anciana que llevaba un sombrero de paja decorado con flores silvestres y que había salido a pasear aquella mañana con su cesta de mimbre y unas botas de agua. La mujer estaba absorta en sus pensamientos y ni si quiera se había percatado de la presencia de los dos recién llegados, así que continuó con su paseo y se detuvo a recoger unas flores que había en mitad del camino y que crecían a los pies de una ventana tapiada.

—Disculpe, señora. ¿Sería tan amable de indicarnos cómo ir hasta Applebee Park? —le preguntó Minnie antes de que la mujer levantara la cabeza.

La anciana se quedó callada al principio, estaba muy sorprendida de verlos a los dos en el pueblo y, aunque hizo ademán de ignorarlos, decidió atenderles a medida que se aproximaban a ella. Primero miró a Minnie de arriba abajo y luego echó un descarado vistazo a Uggie.

—No te aconsejo que vayas allí, la casa de huéspedes es el peor sitio al que una jovencita como tú podría ir —le espetó la anciana mientras analizaba indiscretamente el aspecto físico de Uggie.

—Es por un empleo en la casa de huéspedes —le contestó Minnie, que se extrañó de que la señora le dijese aquello.

—Todavía estás a tiempo de volver a tu casa, querida. La dueña de la casa de huéspedes te volverá loca, te lo digo por experiencia —le advirtió—. Y si me permites, te daré otro consejo, aunque no me lo hayas pedido: mantente alejada de esos bichos raros.

La anciana señaló con desprecio a Uggie e hizo una mueca de repulsa ante él.

—¡Pero que grosera! —le gritó Uggie, que se había molestado mucho por aquel comentario tan inoportuno.

Y como si hubiese hecho un esfuerzo terrible por hablar con ellos, la mujer siguió con su paseo matutino y des-